miento, de las reliquias de su baxel naufragado.

XLIII.

Fabricáronse las primeras quatro casas sobre una misma línea, enfrente de un arroyo bastante grande, que partia el valle en dos porciones casi iguales. Las hiciéron con los tablones traidos, y con gruesas ramas de árboles hincadas en tierra; y las cubriéron con hojas de banános, que formaban un techo impenetrable, en un pais donde rara vez llueve.

Siempre son trabajosos los principios. Los colonos estaban harto cómodamente alojados para el cálido clima que habitaban. Las cabañas solo les eran necesarias de noche. Pasaban los dias baxo árboles, cargados de frutas deliciosas, que les hacian sombra contra los abrasadores rayos del sol; pero aquellas frutas llegáron á ser su único alimento, y la cantidad que de ellas comiéron les ocasionáron disenterias. Las provisiones del navío se consumiéron sin ser reemplazadas; aunque aquel inconveniente, que amenazaba la destruccion de la colonia, fué, por fortuna, de poca duracion.

Matáron algunas de las cabras monteses, que pacian por aquellos prados, y que casi se les venian á las manos; y quando moria alguna cabra, que dexaba hijuelos, estos no se apartaban del cuerpo de su madre; y de esta manera las amansáron tan fácilmente, que, en poco tiempo, tuviéron en la colonia una casta de cabras domésticas. Misuf sembró, en un cercado, un poco de arroz, que habia quedado en el almacen junto á la orilla del rio; y desde entonces dexó de ser temible la hambre.

XLIV.

Quando ya la colonia tomaba risueño aspecto, estaba un dia Misuf sentado sobre una peña, desde donde se descubria la mar, y advirtió, que un navío hacia

vela con direccion á la costa. Noticiólo á sus compañeros, y determináron aprovecharse de aquella ocasion para volver á su patria, o, á lo menos, para saber en que pais estaban. Misuf les hizo presente quanto les importaba mantenerse ocultos, en la duda de si aquel navío pertenecia á comerciantes de su nacion, ó á corsarios que los hiciesen esclavos. Fuéron sus advertencias de ningun peso. Al siguiente dia, notáron que el buque extrangero estaba anclado cerca del rio, y que la tripulacion tomaba tierra. Zaïr se ofreció para ir al reconocimiento de los recien llegados; y la colonia hizo rogativas por el buen éxîto de su viage. Zaïr no volvió mas, y la embarcacion se hizo á la veia algunos dias despues.

Apenas la perdiéron de vista, quando Misuf, desasosegado por la suerte de Zaïr, baxó al mar con Luzein, y encontráron sobre la arena el cadáver de su amigo lleno de heridas. Aquel suceso trágico hizo mas mirados á los colonos; de manera, que, como, en lo sucesivo, observa-

sen, que aquel navío se aparecia, de tiempo en tiempo, en la costa, procuráron estar ocultos desde su llegada hasta su salida.

XLV.

Hizo Misuf muchos reglamentos favorables á la colonia. Construyéron quatro cabañas. La primera para almacen. La segunda, para Misuf. La tercera, para las tres mugeres. Y la quarta, para los hombres. Propuso Misuf á sus compañeros, que se casaran para vivir mejor, y tener hijos, que algun dia recogiesen sus últimos suspiros. Con aplausos oyéron la proposicion, y señaláron dia para la ceremonia.

Con este motivo, representó Misuf á sus compatriotas, que no habian hecho acto alguno público de religion desde que estaban en el valle de Dinam. Todos observaban el antiguo culto de los Persas, compilado por Zoroastro, que era una religion generalmente profesada en la provincia de Zend. Construyó Misuf un al-

tar, frente á frente de las cabañas, de figura redonda, y de seis pies de alto, sobre doce de circunferencia. Rodeáronlo, á cierta distancia, de una cerca de cañas entrelazadas unas con otras. Todavía estaba en pie aquel altar en tiempo que mi padre habitaba la colonia. Estos preparativos ocupáron á los hombres, mientras las mugeres preparáron el festin nupcial.

Llegó el dia, que debe mirarse como el de la fundacion de la colonia. Las tres parejas (supuestas ya las elecciones respectivas,) se presentáron al pie del altar. Empezóse la ceremonia encendiendo sobre el altar un fuego, que habia de subsistir hasta la destruccion de la colonia.

Delante de aquel fuego (símbolo de la actividad del grande Arquitecto del universo) se juráron los seis esposos una fidelidad constante, y fuéron unos y otros, mútuamente, ministros y testigos de aquella ceremonia augusta. Misuf trocó la disposicion de las cabañas, y señaló á cada matrimonio la suya.

Aumentóse desde entonces la colonia;

y de manera, que, quando Heyder-Aly era miembro de ella, ya se contaban quarenta familias. Misuf gobernó hasta su muerte, y despues paró el gobierno en democrático.

XLVI.

Dos de los mas ancianos de la poblacion eran los que mandaban executar las leyes. Componíase el consejo de la nacion de todas las cabezas de familia. Las mugeres no entraban, porque se habia notado que siempre eran del parecer de sus maridos; pero quando estos morian, dexando hijos, entonces la viuda era declarada cabeza de la familia, y miembro del consejo legislativo. Las viudas, sin hijos, volvian á la casa paterna.

Quando mi padre llegó al valle de Dinam, todas las cabañas, que componian la poblacion, estaban fabricadas alderredor del altar, y cada una tenia su jardin, cercado con verdes arbustos. Todo el arroz que se cogia se guardaba en almacenes.

Cada familia recibia la provision que podia consumir; y aquella distribucion era el principal objeto del gobierno.

A fuerza de observaciones, se aseguráron de que los corsarios Arabes no venian á la costa á comprar esclavos, sino en ciertos tiempos del año. Aprovecháron los colonos de los intervalos, entre aquellas apariciones, para enviar gentes al mar á que traxeran al valle pescado y conchas.

XLVII.

Cada mes, en el plenilunio, se celebraba una fiesta pública, que duraba tres dias. Acompañaban las madres hasta el pie del altar á sus hijas casaderas. Los jóvenes podian libremente ofrecerlas su mano mientras aquella ceremonia, que se terminaba con bayles: si el mozo agradaba á la moza, esta aceptaba su ofrecimiento; pero, si no la gustaba, le rehusaba su mano, sin miramiento ni temor á nadie. Quando un soltero daba la mano á una soltera, en tres fiestas consecutivas, se daba ya por hecho que la habia pedido en casamiento, y que estaba aceptado por esposo. Al dia siguiente, se les casaba en presencia de la nacion; y solo se celebraban los matrimonios en dias de fiesta.

XLVIII.

Ambos amantes se presentaban delante del altar coronados de flores, y acompañados de sus padres y parientes. A la entrada del santuario, presentaban sus coronas á los xefes de la nacion, á quienes estaban confiadas las funciones del sacerdocio. Los ancianos recibian las coronas, y las devolvian al instante, dando la del marido á la muger, y la de la muger al marido.

Juraban los esposos en presencia de la nacion congregada, la qual aplaudia su union; y despues iban con ellos á la casa nueva, modelada por las otras, y mandada fabricar por los xefes de la nacion.

En ella encontraban los nuevos desposados quantos utensilios caseros y provisiones necesitaban. Juntábase el consejo, algunos dias despues, y declaraban al esposo cabeza de familia, y miembro de la legislacion.

XLIX.

Las exêquias de los habitadores de aquel valle se hacian con aparato. Quando alguno de ellos moria, ponian el cadáver, vestido con sus mejores ropas, delante de la puerta de su cabaña: allí lo tenian veinte y quatro horas, y, al cabo de ellas, lo llevaban, con ceremonia, sus parientes y amigos á una montaña, que servia de sepultura general.

L.

Todos los habitadores usan, para vestirse, de una tela ligera parecida á la mu-

sulina. Se sirven, para fabricarla, de la corteza interior de cierto pino, de una especie particular, que se da en abundancia sobre los montes inmediatos. Aquella corteza se va despegando en pedazos grandes, semejantes al pergamino. Las tienden luego á la sombra baxo los árboles, despues de haberlas unido cuidadosamente por la orilla unas á otras. Aquella corteza está impregnada de una goma, por cuyo medio cada hoja se pega fuertemente á su inmediata. La tela, que resulta de esta union, es bastante igual por todas sus partes. Quando ya está seca, la exponen al rocío; y queda blanquísima en el espacio de seis semanas. Entonces la usan.

LI.

A excepcion de una vasta llanura, donde cultivan el arroz, todo lo restante del valle de Dinam no está cultivado; pero produce naturalmente bellísimos pastos, que nutren rebaños de cabras monteses y

domésticas. Tambien produce muchas especies de raices de exquisito gusto, y muchas cañas de azúcar, de que los habitadores no hacen mas uso que chuparlas. Ademas, está cubierta toda la llanura de banános, de naranjos, de cocotéros, de palmeras, de cepas de viña, que se abrazan con los árboles, de mangles, y de cicas. Estos árboles estaban plantados sin órden al principio de la colonia; pero despues cuidáron de distribuirlos con tal simetría, que toda la llanura semejaba á un dilatadísimo jardin.

Desde que llegáron Heyder-Aly y Ferisha á la colonia, les ofreciéron una cabaña; pero Luzein y su muger se mostráron tan deseosos de tenerlos en la suya, que ellos se conformáron á quedarse. No tardáron mucho en no diferenciarlos de los antiguos colonos. Mi padre participó de sus ocupaciones y recreos, fué con ellos á la pesca, les ayudó á recoger la cosecha, tomó parte en las fiestas públicas; y así él como su compañero tuviéron en su mano el casarse.

Quando ya era tiempo de que se presentaran los Arabes, enviaban diariamente los xefes á un ciudadano, para que, desde lo alto de una roca, observase la aparicion de las corsarios. Heyder-Aly fué testigo del escrupuloso encierro en que se mantuvo la poblacion en los quince dias que estuviéron los Arabes sobre la playa.

LII.

Todas las mañanas, antes del dia, subia sobre una peña uno de los xefes, y solo estaba unos instantes. El dia que los Arabes se fuéron lo advirtió el xefe á la colonia, y esta celebró el suceso con un dia de fiesta y regocijo. Todos tuviéron ya libertad para ir á la pesca, ó á pasearse á la orilla del mar.

LIII.

Ya habia diez meses que mi padre es-

taba en el valle de Dinam. Empezó á rezelar que Hussein no fuese dueño de volver. Parecíanle los dias muy largos, y pasaba con desasosiego las noches. Por divertir sus pesares, solia baxar al mar con Ferisha, y allí se estaban algunas veces juntos dias enteros. El estruendo de las olas, y el profundo silencio de aquella soledad, guardaba proporcion con el estado de su alma. Un dia llegáron hasta la entrada de la caverna. Con su vista se acordáron de Hussein, y se les reñováron melancólicas memorias. En el caso de que aquel amigo generoso no pudiese volver á Dinam, no les quedaba, para salir de aquel valle, otro recurso que el que les sugiriese su valor. Diu no distaba mas que quince leguas, y podian llegar allá atravesando segunda vez el subterráneo.

Tomada esta resolucion, no fuéron largos los preparativos del viage. Ferisha se proveyó de un saquito, hecho de la misma tela de que los colonos se vestian, y lo lleno de frutas y de pescado seco. Mi padre llevó consigo su diamante y su

cinturon; y se proveyéron de ramas de pino resinoso. Hechas las provisiones, y puestas, de antemano, en la orilla del mar, saliéron del valle, pesarosísimos de separarse de sus bienhechores, sin despedirse de ellos.

Hasta ahora he sacado los hechos referidos de las memorias de mi padre; pero las circunstancias del suceso, que voy á referir, son tales, que me parece haré bien en servirme de sus mismas expresiones para transmitirlo á mis lectores.

„Llegué á la entrada del subterráneo „con Ferisha. Deliberamos nuevamente „sobre si lo atravesariamos para entrar „en el desierto de Zend, ó si nos seria „mas ventajoso costear la orilla del mar; „pero como habia oido decir tantas ve„ces, que aquel camino era impractica„ble, me atuve al partido primero. Nos „metimos, pues, por la caverna, y, sin „accidente alguno, volvimos á ver la ma„leza que le servia de vestíbulo por la „parte del desierto.

LIV.

„Con determinado valor caminamos al „Este. Nos íbamos guiando por la cade„na de montañas, y andando sin reze„lo, quando Ferisha alcanzó á ver una „tropa de ginetes, que venian por nues„tro camino. Como la llanura no pre„sentaba asilo alguno, fuimos en un ins„tante asaltados. Era una quadrilla de la„drones Arabes, y así no tratamos de „defendernos. Nos desnudáron, y nos vi„mos forzados á seguirlos. Advirtiéron „que andábamos con trabajo, y nos mon„táron sobre unos camellos. No venia de „generosidad aquel procedimiento, sino „de temor de que nuestra muerte les qui„tase lo que habian de sacar por nuestra „venta.

„Un mes anduviéron los Arabes sin ca„mino fixo, y sin otro objeto, que el „de aumentar el número de sus esclavos. „Como conocian tanto aquel desierto,

„paraban todas las noches en sitios de „mucha arboleda, y regados por algun „arroyuelo. Maravillado quedé de los in„finitos bosquecillos que se me presentá„ron desde que era prisionero de los Ara„bes, quando encontré tan pocos en el „tiempo que atravesé por aquel desierto „el año anterior.

LV.

„Acercáronse, en fin, á la mar. Sa„bíamos, que algunas veces se detenian „bastante tiempo sobre la costa, aguar„dando los navíos de su nacion; y por „esto nos pareció fácil escaparnos al fa„vor de la obscuridad, y volvernos al „valle de Dinam. Con esta esperanza, se „nos hacia mas llevadera la esclavitud.

„Pasáron los Arabes á la caverna que „conociamos; y, al entrar, encendié„ron muchas teas para alumbrarse. No „volví á ver sin admiracion aquel pala„cio subterráneo, que ya habia atrave-

„sado dos veces, sin conocer, no obs-
„tante, todas sus partes. En poco tiem-
„po nos vimos á la orilla del mar. Nos
„aguardaban en la costa los baxeles ára-
„bes; y en aquel mismo dia fuimos ven-
„didos á otros amos, quienes nos enca-
„denáron y pusiéron entrepuentes.

„De nada me sirvió mi poca filosofía,
„quando ví frustradas de una vez todas
„mis esperanzas. El primer dia no quise
„tomar alimento alguno; y, á no ser por
„los consuelos que me dió Ferisha, que
„estaba encadenado al lado mio, hubie-
„ra terminado la desesperacion mi vida.

LVI.

„Nuestra navegacion acabó felizmente.
„A los diez y ocho dias llegamos á Ba-
„sora, ciudad situada á quince leguas so-
„bre la embocadura del Eufrates, en la
„provincia llamada Iragüa ó Diarbeck.
„Tenia el Capitan á su bordo muchos es-
„clavos. Púsonos en venta en un mer-

„cado público, llamado *bazar*: es un
„gran pórtico, baxo del qual nos desnu-
„dáron, y, sin atender á la decencia ni
„al pudor, quedamos desnudos, y ex-
„puestos á la vista de una multitud de
„gentes, que trataban de nuestro ajuste,
„como si fuéramos camellos. La mayor
„parte de mis compañeros esclavos fué-
„ron prontamente vendidos.

„Yo me oculté entre los brazos de Fe-
„risha; pero no nos dexáron mucho tiem-
„po juntos. Ferisha, como que estaba en la
„mejor edad, parecia robusto, y de buen
„servicio: muchos, cuya lengua yo no
„entendia, lo pusiéron en ajuste; y, quan-
„do el comprador lo arrancó de mis bra-
„zos, creí que me despedazaban las en-
„trañas. Me parece, que, quando se me
„salga el alma del cuerpo, no padeceré
„un tormento tan cruel. Seguíle obstina-
„damente, sin querer dexarlo, pero dos
„hombres me volviéron por fuerza al ba-
„zar. Tan enfurecido estaba, que no oí
„la despedida de mi amigo.

„Dí gritos, capaces de enternecer á las

„mas duras almas: me revolqué en tier-
„ra, me arranqué el pelo, y, en lo fuerte
„de mi rabia, procuré matarme. Ningu-
„no se presentó á ponerme en ajuste. Yo
„tenia diez y ocho años, pero las fati-
„gas y las hambres me habian de tal ma-
„nera extenuado, que mas bien parecia
„un esqueleto viviente, que un jóven,
„cuya edad daba esperanzas. Mis deses-
„peradas voces acercáron, en fin, á mí
„algunos comerciantes, y, entre ellos, á
„una viuda jóven, llamada Zama, que
„pasaba en un palanquin por las inme-
„diaciones del bazar.

LVII.

„Son las mugeres mas sensibles que los
„hombres. Movida Zama de ver mi tris-
„te estado, me compró, me volvió mis
„vestidos, y mandó que me llevaran á su
„casa, porque yo estaba tan endeble que
„no podia andar.

„Zama tendria como unos veinte años,

„y era hermosísima. Por la muerte de su
„marido poseia sumas riquezas. Cansada
„de la solicitud de mil amantes, que aca-
„so ambicionaban tanto sus riquezas co-
„mo su persona, los acogia favorable-
„mente para no desanimarlos; pero sin
„inclinarse á ninguno de ellos. Era tan
„naturalmente compasiva, que se lasti-
„maba de todos los infelices; y su alma
„no conocia mayor deleyte, que el de
„beneficiar á todos. Por este genio la
„amaban en la ciudad, y en su casa la
„adoraban sus esclavos, á quienes tra-
„taba, no como señora, sino como ma-
„dre.

LVIII.

„Los esfuerzos que hice en el bazar,
„despues que se fué Ferisha, me debilitá-
„ron de tal modo, que me dexé trasla-
„dar á casa de Zama, sin hacer resisten-
„cia, ni hablar palabra. Así que llegué,
„me desnudáron, y me metiéron en una
„cama. El cansancio padecido sirvió sin

„duda de reaccion á mi dolor; porque „dormí profundamente hasta el otro dia.

„Al despertar, quedé maravillado de „verme tan atendido. No comprehendia „yo que un esclavo pudiese ser tratado „con tanta humanidad. Apenas me ves„tí, quando ví entrar en mi quarto á una „muger de diez y ocho años, que me „traia una especie de potage.

„Mientras lo comia, me habló varias „veces aquella muger en una lengua, que „no entendí: yo la miraba de hito en hi„to, como para inferir de sus ojos lo que „pensaba de mi persona. La dulzura de sus „miradas me tranquilizó, y la pregunté, „en lengua malabára, ¿qué situacion era „la mia, y si estaba libre? comprehendí, „por su ademan, que no me entendia: „tampoco me sirvió la lengua tártara; „hasta que, en fin, la hablé en el idio„ma persa, que hablaba yo harto mal. „Luzina, que este era su nombre, me „respondió, en la misma lengua, que yo „era esclavo; pero que, sin duda, me „protegia el cielo, pues disponia que hu-

„biese yo caido en manos de Zama; y, „añadió, que su buena ama lloró de com„pasion, quando, pasando por el bazar, „vió mi estado lastimoso; y que la ha„bia comisionado para mi curacion, y „encargádola, que la noticiase mi estado. „Dixe á Luzina, que mis pesares eran la „causa única de mi enfermedad; pero „que, con todo, conocia que el reposo „de aquella noche me habia vuelto las „fuerzas, que yo no esperaba recobrar. „Direis, pues, á mi señora, que, en lo „sumo de mi desventura, tengo por suer„te feliz ser cosa suya, y que espero no „se arrepentirá de haberme comprado.

„Luzina se fué, diciéndome, que pron„to volveria. Acabé de vestirme, y, sin„tiéndome algo vigorizado, baxé á los „jardines. La esperanza es el último sen„timiento que se apaga en el corazon „del hombre. Entonces lo experimenté. „El principio de mi cautividad se pre„sentaba á mi vista á tan favorable luz, „que me figuraba próxîma y agradable „la salida; y esperaba encontrar á Fe-

„risha, así que me viese en estado de „rescatarlo. Alimentaba yo mi imagina„cion con quimeras, que son los únicos „placeres que suelen tener los hombres.

„Apenas volví á mi quarto, quando „entró Luzina con la comida. Enseñan „en Benares, que exîste en la naturaleza „un fluido simpático, que liga á dos „personas desde el mismo instante que „se ven: aquel fluido obró indubitable„mente en el corazon de esta jóven, la „qual se me inclinó muy de veras; pero „yo lo atribuí á la compasion que cau„san las desdichas en los primeros años.

„No sabia yo á quien confiarme para „hablar de mi rescate. Estudié el genio „de Luzina; y así que tuve conocida su „franqueza, hice de ella una total con„fianza, de que nunca abusó.

LIX.

„Algunos dias despues de haber llega„do á casa de Zama, me envió esta se-

„ñora á llamar desde su quarto. Halléla „sentada sobre un camapé de damasco de „la India, bordado de oro. Mandóme „arrimar, y que me sentara sobre una „alfombra al pie del sofá. Jóven, me di„xo en lengua persa, la cruel situacion „en que te ví en el bazar, se me quedó „muy grabada en el alma. Puede decirse „que apenas has salido de la infancia; „pero el abatimiento, que ha demudado „tu rostro, no me quita el conocer, „que no nacistes para el estado á que te „ha reducido la suerte en edad tan tem„prana. Consuélate, que encontrarás en „tu ama una madre, que quiere enxugar „tus lágrimas, y ponerte entre los bra„zos de tus padres. Entonces me obligó „á que la confiara mi nombre, y los su„cesos que me habian llevado á manos „de los Arabes.

„Me impuse la obligacion de compla„cer á mi señora, sin comprometer el „secreto de los negocios de mi encargo. „Díxela cómo se llamaba mi padre, y „el empleo que exercia en la Corte de